



1983

D. Salvador Sandoval López

Por vez primera (¡ojalá no sea la última!) se va a pronunciar el Pregón de la Semana Santa de Las Torres de Cotillas. El pregón era una aspiración, un deseo de la Unión de Cofradías que, año tras año y por unas u otras razones, se quedaba sólo en eso, en deseo. Por fin, la aspiración va a convertirse en realidad, y me cabe el honor, inmerecido, de ser el primer pregonero de nuestras procesiones, para enaltecer y ensalzar cuanto de esplendor, arte y religiosidad encierran nuestros desfiles pasionarios, que no es poco. ¡Bien sabe Dios con cuánto cariño acogí la sugerencia que se me hizo, pues que se trataba de mi pueblo! El mayor o menor acierto en su desarrollo, ya es harina de otro costal.

Es algo entrañable, profundamente serio, recordar la Pasión de Cristo los días santos de la Redención. Allá, en los valles de nuestra infancia, cuando Las Torres eran cuatro casas apretujadas junta a la Iglesia, con su carretera de baches y sus calles oscuras; allá, a lo lejos, en nuestra niñez, emergiendo de entre una nube de recuerdos, aparece limpia y morada la imagen de Jesús Nazareno. A los hombros, en el manto de la melena apenas rizada, amarillento el rostro y ensangrentado, enmarcado de espinas; las brasas de los ojos intensos y profundos, negros, con los que soñábamos, llenos de miedo los niños. A los niños nos daba miedo mirar a los ojos a Nuestro Padre Jesús. Nos gustaban más las luces y los caramelos.

Ahora pasa la Virgen Dolorosa. Contemplo las lágrimas lucientes como rocío de la mañana del Viernes Santo. El rayo de Sol de la espada y el manto azul cuajado de estrellas. Tras la Virgen, se van los ojos y las plegarias de los torreños. Semana Santa aquélla de la matraca con sus quejidos allá en lo alto, como si fuera a desvencijarse; cuando el pueblo se daba cita en la iglesia para escuchar el sermón de las Siete Palabras. Semana Santa de la penitencia, de las mujeres enlutadas, los pies descalzos, de la tristeza, de las lágrimas, del ayuno. Viernes Santo del sol y del amor, del tambor solitario y la trompeta que pasa... Un fervor inusitado se apoderaba de los huertanos. El templo era el centro y el corazón del pueblo. Todo el mundo acudía a los actos litúrgicos, a los Santos Oficios. Jueves Santo de la confesión y de la Comunión... Los torreños cantaban con devoción: "Por esas divinas llagas que tus manos traspasaron dirige, Señor, te pido, las acciones de mis manos". Eran los días más profundos del año. Los huertanos pensaban y sentían, vivían la Pasión. Aún recuerdo la fila de pasos de yeso y ladrillo que jalonaban el camino del cementerio. Todos han caído, apuntillados por el progreso. Solamente queda uno, el último, la decimocuarta estación, incrustado en las mismas paredes del camposanto. Pero éste también caerá pronto porque al cementerio lo han cambiado de sitio.

Los torreños viejos no cantaban por huertas y calles durante Jueves y Viernes Santo porque el Señor "estaba muerto". El recuerdo de aquellas Semanas Santas está enmarcado por velas y cirios, por las flores de semillas del Monumento, por rostros cenceños y curtidos, serios y apenados, espiritualizados.

La vida del pueblo quedaba paralizada. No se permitían los gritos. La gente hablaba como en un susurro en señal de respeto. El ayuno y la abstinencia se cumplían a rajatabla. Por entonces, las amas de casa preparaban un guisado de trigo que consistía en picar trigo en el mortero y cocerlo después con garbanzos. O arroz con habas y bacalao. Los mariscos eran prácticamente desconocidos en Las Torres. Las mujeres se rodeaban la cabeza con un pañuelo negro el Lunes Santo y no se lo quitaban hasta el Sábado de Gloria. No se lo quitaban ni para lavarse porque no se lavaban durante esos días. De un sabor muy popular típicamente torreño eran las Salves que se cantaban a la Virgen, caídas ya en el olvido. Como muestra, transcribimos la siguiente, uno de cuyos versos servía de risa y broma a la gente:

¡Oh Virgen de los Dolores,
Madre la más afligida,
Templo de la Trinidad,
Sagrada Virgen María!
No habrá Madre con más pena
ni mujer con más dolor.
¡Cuántas veces repetía:
¡Hijo de mi corazón,
¡Oh, Hijo de mis entrañas!
La Madre que te parió (éste es el verso de
marras)
te ves entre dos ladrones
como si fueras ladrón.
Allá en el Monte Calvario

al pie de la Cruz estaba
mirando a su amado Hijo.
Su tristeza se aumentaba.
Allá, en el Monte Calvario,
con la Cruz a cuestras,
Cristo en tierra dio.
Y se levantó
arrojando arroyos de sangre,
que la santa tierra
toda la regó.
Y dijo el Señor:
¡Levantaos, falsos enemigos,
tomad los cordeles
y haced la prisión!

Por entonces, sólo salían cuatro pasos: San Juan, la Virgen, Nuestro Padre Jesús y "La Cama". La gente se apiñaba detrás del trono de la Virgen. Las mujeres caminaban descalzas, la mayoría, pues tenían alguna promesa que cumplir. Los niños contemplábamos el cortejo profundamente impresionados al ver llorar a las mujeres y rezar a los hombres con el mayor respeto, pensativos y serios. Luego, para cenar, las clásicas paparajotas con hojas de limón o sin ellas, pero siempre sabrosas y hechas con tanto amor por aquellas huertanas tan religiosas y tan de su casa. Tampoco solía faltar un plato de arroz con leche y canela.

El pueblo hoy ha cambiado. Las Torres ya no son cuatro casas; los baches de las calles se han cambiado por un espejo de asfalto; la oscuridad, en radiante luz de farolas y los viejos carros en una caravana reluciente de coches. La Semana Santa, aunque en el fondo es la misma, ha cobrado prestancia y esplendor.

Las trompetas, los tambores y la Banda de Música nos sacan por un momento de la rutina, de la prisa, del ajetreo diario. Son un toque de atención, una llamada. Cristo pasa de nuevo por nuestras calles, las ilumina, las transforma. Y es que, cuando Cristo pasa, hay más amor en el ambiente. Es algo que nada ni nadie puede evitar. Nuestras modernas calles, martirizadas por las motos, embestidas por furgonetas y tractores, se quedan por un instante silenciosas. Y los torreños, no se sabe de dónde, sacan a la puerta la vieja religiosidad, la antigua fe, como si estuvieran guardadas en el fondo del arca, como el mantón de Manila. Hasta los jóvenes, hechos a las estridencias y a la media luz (mejor, oscuridad) de las discotecas, quedan deslumbrados ante el milagro de sol, de amor y de

túnicas que se les viene encima. Los tronos, la mayoría, no son nada del otro mundo, más bien sencillos; algunos, madera apenas cepillada. Otros relucen de pintura dorada. Pero las manos de los torreños los han engalanado con arte y amor.

Éste es Nuestro Padre Jesús Nazareno. Terciopelo morado como las uvas, sembrado de espigas de oro. Se acerca como algo sobrenatural y luminoso. Sufren los ojos, lloran de tanto esplendor, de tanta luz. Nos sentimos transformados, arrancados de nuestra vulgaridad y sacudidos por un viento de inquietud, de añoranzas y de acercamiento a Dios. Cristo sobre el asfalto. Ahora son los hijos de aquellos huertanos viejos los que acuden a verlo. (¿Con la misma fe?, ¿con el mismo fervor?).

Éste es San Juan, un adolescente que parece cuidar sus flores. Nazarenos de blancas túnicas y mantos rojos le dan escolta. El San Juan de Las Torres sí que es buen mozo, dicen, con su cara de niño, el vestido de yedra y su manto del color del vino. El Sol realza el desfile pasionario. Todas las fachadas están blancas, llenas de macetas. El aire se ha traído de la huerta la primavera. Huele a río, a hierbabuena y jazmín.

La Dolorosa. Ojos enormes cuajados de lágrimas. Todo el dolor del mundo en sus manos suplicantes. Ha perdido al Hijo de su corazón. La Verónica emerge con su lienzo de entre un bosque de velas. El Cristo Yacente con su huerto de luces. La Cruz desnuda con los clavos, el sudario y las espinas. Golpes secos contra la madera de los tronos. La procesión sigue con su balanceo rítmico. La gente forma un cordón humano que nunca se interrumpe. En las esquinas, racimos de cabezas que giran en el sentido de la procesión. El silencio es absoluto. Raramente se escucha una saeta. Esta no es tierra de saetas. Podríamos decir que la procesión "va por dentro". Si observamos los rostros, veremos en ellos, en todos ellos, sentimientos de amor, un dolor casi inexplicable. En Las Torres de Cotillas las procesiones no son un mero espectáculo folklórico ni turístico. Los torreños acuden a ver a la Virgen y a Cristo.

La Semana Santa comienza a vivirse en el pueblo mucho antes de que Abril ponga sus rosas en las huertas. Las Cofradías recorren las calles con un programa en la mano y preparada la otra para recibir cualquier donativo. Aunque a veces les dan con la puerta en las narices, por lo general, les abren las puertas de par en par. Y es que el pueblo ha hecho suyas las procesiones, son el orgullo y la alegría de Las Torres. "El Prendimiento", desde tiempo inmemorial moviliza a más de setenta personas que, con sus familiares, acuden a los ensayos. La Pasión aquí se recita y se sabe de memoria. Aquí todo el mundo conoce a Cristo. No ocurre como al hombre aquel de "Las figuras de la Pasión", de Gabriel Miró.

"El hombre se detuvo. ¡El Señor! ¿Quién es el Señor? ¿Es el solitario que come langostas crudas de los pedregales y miel de los troncos y camina clamando en el desierto?.- Ése fue Juan. Y lo degolló el tetarcar en Makeronte. Este justo ya dijo que no era digno de desatar la sandalia del Señor. El caminante agobió pensativamente la cabeza. Mordía la punta del ceñidor de cuero de su sayal y murmuraba: ¿Quién es, quién es el Señor?, ¿no será el Maestro de los que viven en las riberas de las aguas podridas de Sodoma?- Y ellas reían.- ¿Tú dices de esos que son enemigos de las mujeres y traen su azadilla para hacer un hoyo y enterrar sus inmundicias?.- Ése tampoco.- Mira, el Señor nuestro es el que da la salud y libra a los poseídos. Se acercó a mí estando yo postrada de calentura y me levanté para servirle. Y el hombre dijo: ¿Es el que lleva en su mano el anillo con raíz de Baaras, la raíz del color de la lumbré que limpia de todo mal? Entonces una moza blanca, de ojos de dulce

pereza, de dientes de nardo, de pechos de palomas asustadas, se alzó gloriosamente, y todo lo que le rodeaba parecía penetrado de su hermosura. El hombre de los cabellos rojos se estremeció al mirarla.- El Señor me arrancó el poder de su voz, siete demonios inmundos que me devoraban las entrañas.- Salomé aún le dijo: Si no sabes del Rabbí ¿qué buscas entre nosotros?.

Si no sabes del Señor, ¿qué buscas, torreño, en la procesión, qué buscas por las calles? ¿Tan sólo luces, claveles y tambores?.

Busca al Rabbí del Viernes Santo, al Rabbí de la Cruz, al Señor de la sangre, al Redentor del Mundo. Si sólo buscas tronos y rosas, imágenes y cirios, un manto azul y el tercio de Romanos y el tercio de Manolas y niños con cruces plateadas, mejor ¡quédate en tu casa! Porque las flores de la procesión son flores de martirio, los faroles lloran de pena y las imágenes son un recuerdo del Cristo vivo, del Cristo agonizante que, en otro Viernes Santo, regó con su sangre las calles de Jerusalén y las piedras del Calvario.

Pero, tras la procesión del dolor, pasará la del Resucitado. El Sol se quedará pálido ante la imagen de Cristo el Domingo de Gloria. Entonces sí. Entonces repicarán las campanas del mundo y cantarán todos los pájaros de la primavera. Entonces se conmoverán los cimientos de la tierra y saltarán de júbilo las entrañas del mar. Entonces se abrirán todas las rosas de los huertos, las flores de los caminos y los campos, de los valles y los ríos... Y un perfume intenso de eternidad, de paz, de amor y de esperanza brotará por doquier y se esparcirá por la Tierra.

"Las Torres de la luz", así calificó un insigne murciano a Las Torres de Cotillas. Calles amplias, sol a raudales. Aquí luce el Sol y se luce. Todo está dispuesto. El cielo, el aire, el nazareno y el abanico de colores de las túnicas. Y las imágenes, preciosas imágenes las de Las Torres de Cotillas. El tambor nos llama, y el cornetín se desgañita convocándonos a la procesión. Que se abran nuestros ojos a la verdad, a ese Cristo vivo que realmente derramó su sangre por nosotros el primer Viernes Santo de la historia.